

Caro Baroja o la resistencia de los ilustrados

JOSÉ LUIS PÉREZ CEBRIÁN

Tengo la impresión de que la figura de Julio Caro Baroja, cuya vida ha terminado en su casa, Itzea, en Vera de Bida-soa, se alarga más allá de su obra, importante y singular, sin duda, y dentro del espíritu de los antiguos humanistas. Porque creo que, desde su original personalidad, sabio solitario, caballero renacentista por las calles de Madrid, investigador de los pueblos de España y especialmente del pueblo vasco, ha sido uno de los actuales representantes de la siempre escasa aunque resistente Ilustración española ante los "antiguos regímenes" enquistados, es decir, ante la prepotencia política de cualquier tiempo y disfrazada de lo que sea.

Pertenece Caro Baroja, según Fernando Savater, "a ese otro tipo de vascos que hubo en el siglo XVIII, ese vasco erudito, tolerante, del Siglo de las Luces, frente al vasco brutal, tradicionalista, intransigente".

Forma parte, añadiría yo, de

esos vascos que mantuvieron una relación natural y fecunda con la capital de España, como es el caso del propio Savater (Julio Caro incluso nació en Madrid), en donde, a la orilla del modesto Manzanares, arraigó el liberalismo que en el citado siglo soplaban desde Francia.

A lo largo del azaroso tiempo español que vivió, Julio Caro Baroja ha sido una de las afortunadas excepciones de nuestro panorama cultural, perseverando siempre y de manera sorprendente en el que podríamos llamar camino legítimo de la cultura hacia la verdad, hacia la belleza y hacia la bondad y la justicia. Muestra de ese espíritu son sus trabajos sobre las constantes de la vida espiritual de los pueblos de España, su investigación de las falsificaciones de nuestra historia o la interpretación de los actuales nacionalismos que surgen, a su juicio, en las zonas económicamente más prósperas como una reacción

«Desde su original personalidad, sabio solitario, caballero renacentista por las calles de Madrid, investigador de los pueblos de España y especialmente del pueblo vasco, ha sido uno de los actuales representantes de la siempre escasa aunque resistente Ilustración española ante los "antiguos regímenes" enquistados, es decir, ante la prepotencia política de cualquier tiempo y disfrazada de lo que sea.»



a la debilidad del Estado.

Siempre crítico frente al poder, inteligente e incorruptible, que son virtudes que forman parte de lo que podríamos llamar el desencanto barojiano, en la famosa tertulia en casa de su tío en la calle Alarcón, de Madrid, el joven Caro Baroja, allá por el año 50 y según cuenta Juan Benet, se impacientaba por un cambio como huida de la dictadura. Hacia cualquier parte. "Es lo único que quiero —decía—, como el enfermo que sólo desea cambiar postura porque en la que está, ya no soporta ni su propio cuerpo". A lo que don Pío replicaba: "Yo ya no veré más que esto". Desde entonces, si no calculo mal, han pasado cuarenta y cinco años y el desencanto ha vuelto a nublar nuestro entorno. Y no sólo el político. El espacio cultural, el de los intelectuales y escritores, viene estando sometido también a la compraventa, a la exaltación pública de figuras dudosas, al'atrincheramiento de grupos con ideas enquistadas. No han sido suficientes las voces de algunos intelectuales dispuestas a decir sus verdades o sus dudas con modestia y sin reservas.

La interesada y fanática adulteración de la Historia era una de las preocupaciones intelectuales de Caro Baroja. Por sus consecuencias trágicas. Mostraba con alguna ironía sus dudas respecto a que en su época fuera verdadera la imagen que daba don Sabino de Arana Goiri del "bizkaíno" frente al "español" (así, por las buenas). Y aún dudaba más de que el "bizkaíno" actual tuviera como programa en su vida el de "trabajo el día laborable e iglesia y tamboril el día festivo". La tragedia del País Vasco se basa, para él, en una falta de adaptación a su espacio y en un desconocimiento del tiempo en que vive. "Conservar tradiciones e idiomas — dice— es una cosa. Burocratizar la tradición y forzar el uso del idioma por medios coercitivos, es

«La interesada y fanática adulteración de la Historia era una de las preocupaciones intelectuales de Caro Baroja. Por sus consecuencias trágicas.»



caciones históricas. Lo subraya con una anécdota, muy barojiana, cuando en una exposición madrileña encuentra un cuadro atribuido su tío Ricardo y le dice a la encargada de ventas que aquel cuadro no es de Ricardo Baroja. La encargada no le hace caso y le contesta que aquella obra ha salido de la casa del supuesto autor. "Eso no lo dudo —le aclara entonces Caro Baroja—: pero el caso es que ese cuadro no es de mi tío. Por una razón sencilla: porque lo he pintado yo". Y concluye que esta aclaración no valió para nada.

Y la muerte. Se refiere a la tristeza de la vejez por lo que ve que se hace y se deshace a su alrededor. Dice: "Yo recuerdo que mis mayores inmediatos, gente nacida ya avanzada la segunda mitad del XIX, solían contar que, cuando eran niños o adolescentes, había viejos que, contemplándolos, comentaban con tristeza: 'Estos verán las grandezas del siglo XX; nosotros no...'. Optimismo y fe en el progreso. Pero ahora, cosa de un siglo después, yo veo a los niños y también pienso: 'Estos verán el siglo XXI. Yo no..., afortunadamente'. ¿Ver la prolongación de las grandezas de este siglo? No. De ninguna manera. No se lo deseo a nadie de mi edad".

En ese mismo trabajo, habla de los mesianismos que se dan no sólo en la vida religiosa, sino también en la política de los pueblos. Es otra "idea fuerza", dice, y los vascos han estado sometidos a ella más de una vez y a escalas distintas. Pero casi nunca el movimiento mesiánico ha tenido éxito: "El objeto del amor

otra. Industrializar bien está: pero a base de hacerlo bien. Verdad de Pero-Grullo. Pero es que aquí se ha industrializado mal y se ha construido peor".

Y se da cuenta de la resistencia a rectificar sobre las falsifi-

más o mes mesiánico, añade, se expresa en fórmulas verbales otros amores: X o la muerte". Y concluye que la cuestión es despejar la incógnita de esa X, porque qué cosa es la muerte muchos la sabemos. "Aunque también podemos pensar —son sus palabras atribuladas—, sobre todo hoy, como los estoicos y decir 'Muerte, no eres un mal'. O imaginar que nos podemos morir, no por muerte violenta o causada por enfermedad senil, sino de asco y de tristeza".

Pero este intelectual insólito era además una persona amable y sencilla que, por ejemplo, podía enseñar a desconocidos, que éramos mi mujer y yo, la casa familiar de Vera, en la que ha muerto, como un museo barojiano, en donde vivía y trabajaba a temporadas don Pío y el mismo, entre muchos de sus libros y una buena colección de grabados. Al parecer, tal confiadas acogidas era costumbre

«La tragedia del País Vasco se basa, para él, en una falta de adaptación a su espacio y en un desconocimiento del tiempo en que vive. "Conservar tradiciones e idiomas —dice— es una cosa. Burocratizar la tradición y forzar el uso del idioma por medios coercitivos, es otra. Industrializar bien está: pero a base de hacerlo bien. Verdad de Pero-Grullo. Pero es que aquí se ha industrializado mal y se ha construido peor".»

parecidas a las que se refieren a familiar. Cuenta Benet, que asistía a las tertulias en la casa de la calle Alarcón, que allí no se anunciaba nunca al visitante; a veces era el propio don Pío quien abría la puerta y arrastrando los pies se adelantaba al recién llegado para introducirlo en el salón; "pero tampoco la sirvienta o cualquier otro que abriera la puerta — dice— se molestaban en anunciar a don Pío la llegada del visitante, aun cuando fuera un completo desconocido". En varias ocasiones hablé con Caro

se alojaba en su casa de Madrid y por la calle en sus paseos entre la Cuesta de Moyano y la Puerta del Sol. Recuerdo que la última vez que lo vi, sería a principios de los 90, me dijo: "Aquí, ganan elecciones y se creen que han ganado guerras".